LECTURA # 2.-

APOLOGIA DE SOCRATES

Yo no sé, atenienses, la impresión que habrá hecho en vosotros el discurso - de mis acusadores. Con respecto a mí, confieso que me he desconocido a mí mismo; tan persuasiva ha sido su manera de decir. Sin embargo, puedo asegurarlo, no han dicho una sola palabra que sea verdad.

Pero, de todas sus calumnias, la que más me ha sorprendido es la prevención que os han hecho de que estéis muy guardia para no ser seducidos por mi elocuen-- cia. Porque el no haber temido el mentis vergonzoso que yo les voy a dar en este momento, haciendo ver que no soy elocuente, es el colmo de la impudencia, a menos que no llamen elocuente al que dice la verdad. Si es esto lo que pretenden, con-- fieso que soy un gran orador, pero no lo soy a su manera; porque, repito, no han dicho ni una sola palabra verdadera y vosotros vais a saber de mi boca la pura -- verdad, no ¡por Zeus.' en una arenga vestida de sentencias brillantes y palabras escogidas, como son los discursos de mis acusadores, sino en un lenguaje sencillo y espontáneo; porque descanso en la confianza de que digo la verdad y ninguno de vosotros debe esperar otra cosa de mí. No sería propio de mi edad venir, atenien- ses, ante vosotros como un joven que hubiese preparado un discurso.

Por esta razón, la única gracia, atenienses, que os pido es que cuando véais que en mi defensa emplee términos y maneras comunes, los mismos de que me he ser- vido cuando veces he conversado con vosotros en la plaza pública, en las casas de contratación y en los demás sitios en que me habéis visto, no os sorprendáis ni - os irritéis contra mí; porque es ésta la primera vez en mi vida que comparezco an te un tribunal de justicia, aunque cuento más de setenta años.

Por lo pronto soy extraño al lenguaje que aquí se habla. Y así como si fuese yo un extranjero, me disimularíais que os hablase de la manera y en el lenguaje de mí país, en igual forma exijo de vosotros, y creo justa mi petición, que no hagá- is aprecio de mi manera de hablar, buena o mala, y que miréis solamente, con toda la atención posible, si os digo cosas justas o no, porque en esto consiste toda - la virtud del juez, como la del orador: en decir la verdad.

Es justo que comience por responder a mis primeros acusadores y por refutar las primeras acusaciones, antes de llegar a las últimas que se han suscitado con- tra mí. Porque tengo muchos acusadores cerca de vosotros hace muchos años, los -- cuales nada han dicho que no sea falso. Temo más a éstos que a Anito y sus cómpli ces, aunque sean estos últimos muy elocuentes; pero son aquéllos mucho más temi-- bles por cuento, compañeros vuestros en su mayor parte desde la infancia, os han dado de mí muy malas noticias y os han dicho que hay un cierto Sócrates, hombre - sabio que indaga lo que pasa en los cielos y en las entrañas de la tierra y que - sabe convertir en buena una mala causa.

Los que han sembrado estos falsos rumores son mis más peligrosos acusadores, porque, prestándoles oídos, llegan los demás a persuadirse de que los hombres que se consagran a tales indagaciones no creen en la existencia de los dioses. Por -- otra parte, estos acusadores son en gran número y hace mucho tiempo que están me- tidos en esta trama. Os han prevenido contra mí en una edad que ordinariamente es muy crédula, porque erais niños la mayor parte o muy jóvenes cuando me acusaban - ante vosotros en plena libertad, sin que el acusado los contradijese; y lo más in justo es que no me es permitido conocer ni nombrar a mis acusadores, a excepción de un cierto autor de comedias . Todos aquellos que, por envidia o por malicia, - os han inculcado todas estas falsedades y los que, persuadidos ellos mismos, han persuadido a otros quedan ocultos sin que pueda yo llamarlos ante vosotros ni re- futarlos; y, por consiguiente, para defenderme es preciso que yo me bata, como -- suele decirse, con una sombra y que ataque y me defienda sin que ningún adversa-- rio aparezca.

Considerad, atenienses, que yo tengo que habérmelas con dos suertes de acusa- dores, como os he dicho: los que me están acusando ha mucho tiempo y los que ahora me citan ante el tribunal; y creedme, os lo suplico, es preciso que yo responda -- por lo pronto a los primeros, porque son los primeros a quienes habéis oído y han producido en vosotros más profunda impresión.

Pues bien, atenienses, es preciso defenderse y arrancar de vuestro espíritu, en tan corto espacio de tiempo, una calumnia envejecida y que ha echado en voso--- tros profundas raíces. Desearía con todo mí corazón que fuese en ventaja vuestra y mía y que mi apología pudiese servir para mi justificación. Pero yo sé cuán difí-- cil es esto, sin que en este punto pueda hacerme ilusión. Venga lo que los dioses quieran es preciso obedeeer a la ley y defenderse.

Remontémonos, pues, al primer origen de la acusación, sobre la que he sido -- tan desacreditado y que ha dado a Melito confianza para arrastrarme ante el tribu- nal. ¿Qué decían mis primeros acusadores? Porque es preciso presentar en forma su acusación, como si apareciese escrita y con los juramentos recibidos: Sócrates es un impío por una curiosidad criminal quiere penetrar lo que pasa en los cielos y - en la tierra, convierte en buena una mala causa y enseña a los demás sus doctri--- nas.

He aquí la acusación; ya la habéis visto en la comedia de Aristófanes, en la - que se representa un cierto Sócrates, que dice que se pasea por los aires y otras extravagancias semejantes, que yo ignoro absolutamente: y esto no lo digo porque - desprecie esta clase de conocimientos, si entre vosotros hay alguno entendido en - ellos (que Melito no me formule nuevos cargos por esta concesión), sino que es so- lo para haceros ver que yo jamás me he mezclado en tales ciencias, pudiendo poner por testigos a la mayor parte de vosotros.

Los que habéis conversado conmigo, y que estáis aquí en gran número, os conju ro a que declaréis si jamás me oísteis hablar de semejante clase de ciencias ni de cerca ni de lejos y, por esto, conoceréis ciertamente que en todos esos rumores -- que se han levantado contra mí, no hay ni una sola palabra de verdad: y si alguna vez habéis oído que yo me dedicaba a la enseñanza y que exigía salario es también otra falsedad.

No es porque no tenga por muy bueno el poder instruir a los hombres; como ha- cen Gorgias de Leoncio, Pródico de Ceos e Hippias de Elea. Estos grandes persona-- jes tienen el maravilloso talento, donde quiera que vayan, de persuadir a los jó-- venes a que se unan a ellos y abandonen a sus conciudadanos, cuando podrían éstos ser sus maestros sin costarles un óbolo.

Y no sólo les pagan la enseñanza, sino que contraen con ellos una deuda de -- agradecimiento infinito. He oído decir que vino aquí un hombre de Paros, que es -- muy hábil, porque, habiéndome hallado uno de estos días en casa de Callias, hijo - de Hiponico, hombre que gasta más con los sofistas que todos los ciudadanos juntos, me dio gana de decirle, hablando de sus dos hijos:"Callias, si tuvieses por hijos dos potros o dos terneros, ¿no trataríamos de ponerlos al cuidado de un hombre en- tendido, a quien pagásemos bien, para hacerlos tan buenos y hermosos cuanto pudie- ran serlo y les diera todas las buenas cualidades que debieran tener? Y este hom-- bre entendido ¿no debería ser un buen picador y un buen labrador?. Y puesto que tú tienes por hijos hombres, ¿qué maestro has resuelto darles? ¿Qué hombre conocemos que sea capaz de dar lecciones sobre los deberes del hombre y del ciudadano? Por-- que no dudo que hayas pensado en esto desde el acto que has tenido hijos, ¿y cono- ces a alguno?" "Sí", me respondió, Callias. "¿Quién es - le repliqué -, de dónde - es y cuánto lleva? "Es Eveno, Sócrates -me dijo-, es de Paros y lleva cinco minas" "Para lo sucesivo tendré a Eveno por muy dichoso si es cierto que tiene este talen to y puede comunicarlo a los demás."

Por lo que a mí toca, atenienses me llenaría de orgullo y me tendría por afortunado si tuviese esta cualidad, pero desgraciadamente no la tengo. Alguno de vosotros me dirá, quizá: "Pero Sócrates, ¿qué es lo que haces? ¿De dónde nacen estas calumnias que se han propalado contra tí? Porque si te has limitado a hacer lo mismo que hacen los demás ciudadanos, jamás debieron esparcirse tales rumores. Dinos, pues, el hecho de verdad, para que no formemos un juicio temerario." Esa objeción me parece justa. Voy a explicaros lo que tanto me ha desacreditado y ha hecho mi nombre tan famoso. Escuchadme, pues. Quizá algunos de entre vosotros creerán que yo no hablo seriamente, pero estad persuadidos que no os diré más que la verdad.

La reputación que yo haya podido adquirir no tiene otro origen que una cierta sabiduría que existe en mí. ¿Cuál es esta sabiduría? Quizá es una sabiduría puramente humana y corro el riesgo de no ser, en otro concepto, sabio, al paso que los hombres de que acabo de hablaros son sabios de una sabiduría mucho más que humana.

Nada tengo que deciros de esta última sabiduría, porque no la conozco, y todos los que me la imputan mienten y sólo intentan calumniarme. No os incomodéis, atenienses, si al parecer os hablo de mí mismo demasiado ventajosamente; nada diré que proceda de mí, sino que lo atestiguaré con una autoridad digna de confianza. Por testigo de mi sabiduría os daré al mismo Dios de Delfos, que os dirá si la tengo y en que consiste. Todos conocéis a Querefón, mi compañero en la infancia, como lo fue de la mayor parte de vosotros, y que fue desterrado con vosotros, y con vosotros volvió. Ya sabéis qué hombre era Querefón y cuán ardiente era en cuanto emprendía. Un día, habiendo partido para Delfos, tuvo el atrevimiento de preguntar al oráculo (os suplico que no irritéis de lo que voy a decir) si había en el mundo un hombre más sabio que yo; la Pythia le respondió que no había ninguno. Querefón ha muerto, pero su hermano, que está presente, podrá dar fe de ello. Tened presente, atenienses, por qué os refiero todas estas cosas, pues es únicamente para haceros ver de dónde proceden esos falsos rumores que han corrido contra mí.

Cuando supe la respuesta del oráculo, dije para mí: ¿Qué quiere decir el dios? ?Qué sentido ocultan estas palabras?; porque yo sé sobradamente que en mí no existe semejante sabiduría ni pequeña ni grande. ¿Qué quiere, pues, decir al declararme el más sabio de los hombres? Porque él no miente. La Divinidad no puede mentir. Dudé largo tiempo del sentido del oráculo hasta que, por último, después de gran trabajo me propuse hacer la prueba siguiente: fui a casa de uno de nuestros conciudadanos que pasa por uno de los más sabios de la ciudad. Yo creía que allí, mejor que en otra parte, encontraría materiales para rebatir el oráculo y presentarle un hombre más sabio que yo, por más que me hubiere declarado el más sabio de los hombres. Examinando, pues, este hombre, de quien baste deciros que era uno de nuestros grandes políticos, sin necesidad de descubrir su nombre, y conversando con él me encontré con que todo el mundo lo creía sabio, que él mismo se tenía por tal y que en realidad no lo era. Después de este descubrimiento me esforcé en hacerle ver que de ninguna manera era lo que él creía ser y he aquí ya lo que me hizo odioso a este hombre y a los amigos suyos que asistieron a la conversación.

Luego que de él me separé razonaba conmigo y me decía: Yo soy más sabio que este hombre. Puede muy bien suceder que ni él ni yo sepamos nada de lo que es bello y de lo que es bueno, pero hay esta diferencia, que él cree saberlo aunque no sepa nada y yo, no sabiendo nada, creo no saber. Me parece, pues, que en esto yo, aunque poco más, era más sabio, porque no creía saber lo que no sabía.

Desde allí me fui a casa de otro que se le tenía por más sabio que el anterior; me encontré con lo mismo y me granjeé nuevos enemigos. No por esto me desanimé; fui en busca de otros, conociendo bien que me hacia odioso y haciéndome violencia, porque temía los resultados; pero me parecía que debía, sin dudar, preferir a todas las cosas la voz del dios y, para dar con el verdadero sentido del oráculo, ir de puerta en puerta por las casas de todos aquellos que gozaban de gran reputació; pero, ¡oh Dios!, he aquí, atenienses, el fruto que saqué de mis indagaciones,

porque es preciso deciros la verdad: todos aquellos que pasaban por ser los más sabios me parecieron no serlo, al paso que todos aquellos que no gozaban de esta opinión los encontré en mucha mejor disposición de serlo.

Es preciso que acabe de daros cuenta de todas mis tentativas, como otros tantos trabajos que emprendí para conocer el sentido del oráculo.

Después de estos grandes hombres de Estado me fui a los poetas, tanto a los que hacen tragedias como a los poetas ditirámbicos y otros, no dudando que con ellos se me sorprendería encontrándome más ignorante que ellos. Para eso examiné las obras suyas que me parecieron mejor trabajadas y les pregunté lo que decir y cuál era su objeto, para que me sirviera de instrucción. Pudor tengo, atenienses, en deciros la verdad; pero no hay remedio, es preciso decirla.

No hubo uno de todos los que estaban presentes, incluso los mismos autores que supiese hablar ni dar razón de sus poemas. Conocí desde luego que no es la sabiduría la que guía a los poetas, sino ciertos movimientos de la Naturaleza y un entusiasmo semejante al de los profetas y adivinos; que todos dicen muy buenas cosas sin comprender nada de lo que dicen. Los poetas me parecieron estar en este caso; y, al mismo tiempo, me convencí que, a título de poetas, se creían los más sabios en todas materias si bien nada entendían. Los dejé, pues, persuadido de que era yo superior a ellos, por la misma razón que lo había sido respecto a los hombres políticos.

En fin, fui en busca de los artistas. Estaba bien convencido de que yo nada entendía de su profesión, que los encontraría muy capaces de hacer muy buenas cosas y en esto no podía engañarme. Sabían cosas que yo ignoraba y en esto eran ellos más sabios que yo. Pero, atenienses, los más entendidos entre ellos me parecieron incurrir en el mismo defecto que los poetas, porque no hallé uno que, a título de ser buen artista, no se creyese muy capaz y muy instruído en las más grandes cosas y esta extravagancia quitaba todo el mérito a su habilidad.

Me pregunté, pues, a mí mismo, como si hablara por el oráculo, si querría más ser tal como soy, sin la habilidad de estas gentes e igualmente sin su ignorancia, o bien tener la una y la otra y ser como ellos, y me respondí a mí mismo y al oráculo que era mejor para mí ser como soy. De esta indagación, atenienses, han nacido contra mí todos estos odios y estas enemistades peligrosas, que han producido todas las calumnias que sabéis y me han hecho adquirir el nombre de sabio; porque todos los que me escuchan creen que yo sé todas las cosas sobre las que descubro la ignorancia de los demás. Me parece, atenienses, que sólo Dios es el verdadero sabio y que esto ha querido decir por su oráculo, haciendo entender que toda la sabiduría humana no es gran cosa o, por mejor decir, que no es nada; y si el oráculo ha nombrado a Sócrates, sin duda se ha valido de mi nombre como un ejemplo y como si dijese a todos los hombres: "El más sabio entre vosotros es aquel que reconoce como Sócrates que su sabiduría no es nada."

Convencido de esta verdad, para asegurarme más y obedecer al Dios, continué mis indagaciones no sólo entre nuestros conciudadanos, sino entre los extranjeros, para ver si encontraba algún verdadero sabio y, no habiéndolo encontrado tampoco, sirvo de intérprete al oráculo, haciendo ver a todo el mundo que ninguno es sabio. Esto me preocupa tanto que no tengo tiempo para dedicarme al servicio de la república ni al cuidado de mis cosas, y vivo en una gran pobreza a causa de este culto que rindo a Dios.

Por otra parte, muchos jóvenes de las más ricas familias, en sus ocios, se unen a mí de buen grado y tienen tanto placer en ver de qué manera pongo a prueba a todos los hombres, que quieren imitarme con aquellos que encuentran; y no hay que dudar que encuentran una buena cosecha, porque son muchos los que creen saberlo todo, aunque no sepan nada o casi nada.

Todos aquellos que convencen de su ignorancia la toman conmigo y no con ellos, y van diciendo que hay un cierto Sócrates, que es un malvado y un infame que corrompe a los jóvenes; y cuando se les pregunta qué hace o qué enseña, no tienen qué responder y para disimular su flaqueza se desatan con esos cargos

triviales que ordinariamente se dirigen contra los filósofos: que indaga lo que pasa en los cielos y en las entrañas de la tierra, que no cree en los dioses, que hace buenas las más malas causas; y todo porque no se atreven a decir la verdad, que es que Sócrates los sorprende y descubre que se figuran que saben, cuando no saben nada. Intrigantes, activos y numerosos, hablando de mí con plan combinado y con una elocuencia capaz de seducir, ha largo tiempo que os soplan al oído todas estas calumnias que han forjado contra mí y hoy han destacado con este objeto a Melito, Anito y Licón. Melito representa a los poetas, Anito a los políticos y artistas y Licón a los oradores. Esta es la razón por que como os dije al principio, tendría por un gran milagro si en tan poco espacio pudiese destruir una calumnia que han tenido tanto tiempo para echar raíces y fortificarse en vuestro espíritu.

He aquí, atenienses, la verdad pura; no os oculto ni disfrazo nada, aun cuando no ignoro que cuanto digo no hace más que envenenar la llaga; y esto prueba que digo la verdad y que tal es el origen de estas calumnias. Cuantas veces queráis tomar el trabajo de profundizarlas, sea ahora o sea más adelante, os convenceréis plenamente de que es éste el origen. Aquí tenéis una apología que considero suficiente contra mis primeras acusaciones.

Pasemos ahora a las últimas y tratemos de responder a Melito, a este hombre de bien, tan llevado, si hemos de creerle, por el amor a la patria. Repitamos esta última acusación , como hemos enunciado la primera. Hela aquí, poco más o menos: Sócrates es culpable, porque corrompe a los jóvenes, porque no cree en los dioses del Estado y porque, en lugar de éstos, pone divinidades nuevas bajo el nombre de demonios.

He aquí la acusación. La examinaremos punto por punto. Dice que soy culpable porque corrompo la juventud; y yo, atenienses, digo que el culpable es Melito, en cuanto, burlándose de las cosas serias, tiene la particular complacencia de arrastrar a otros ante el tribunal, queriendo figurar que se desvela mucho por cosas por las que jamás ha hecho ni el más pequeño sacrificio, y voy a probaroslo.

Ven acá, Melito: dime: ¿ha habido nada que te haya preocupado más que el hacer a los jóvenes lo más virtuoso posible?

Melito.- Nada, indudablemente.

Sócrates.- Pues bien, di a los jueces cuál será el hombre que mejorará la condición de los jóvenes. Porque no puede dudarse que tú lo sabes, puesto que tanto te preocupa esta idea. En efecto, puesto que has encontrado al que los corrompe y hasta lo has denunciado ante los jueces, es preciso que digas quién los hará mejores. Habla: veamos quién es.

Lo ves ahora; tu callas: estás perplejo y no sabes qué responder. ¿Y no te parece esto vergonzoso? ¿No es una prueba cierta de que jamás ha sido objeto de tu cuidado la educación de la juventud? Pero, repito, excelente Melito, ¿quién es el que puede hacer mejores a los jóvenes?

Melito.- las leyes.

Sócrates.- Melito, no es eso lo que pregunto. Yo te pregunto quién es el hombre; porque es claro que la primer cosa que este hombre debe saber son las leyes.

Melito.- Son, Sócrates, los jueces aquí reunidos.

Sócrates.- ¡Cómo, Melito! ¿Estos jueces son capaces de instruir a los jóvenes y hacerlos mejores?

Melito.- Sí; ciertamente.

Sócrates.- ¿Pero son todos estos jueces o hay entre ellos unos que pueden y otros que no pueden?

Melito.- Todos pueden.

Sócrates.- Perfectamente, ¡por Hera!, nos has dado un buen número de buenos preceptores. Pero pasemos adelante. Estos oyentes que nos escuchan ¿pueden también hacer a los jóvenes mejores o no pueden?

Melito.- Pueden

Sócrates.- ¿Y los senadores?

Melito.- Los senadores lo mismo.

Sócrates.- Pero mi querido Melito, todos los que vienen a las asambleas del pueblo ¿corrompen igualmente a los jóvenes o son capaces de hacerlos mejores?

Melito.- Todos son capaces.

Sócrates.- Se sigue de ahí que todos los atenienses pueden hacer a los jóvenes mejores, menos yo; sólo yo los corrompo; ¿no es esto lo que dices?

Melito.- Lo mismo.

Sócrates.- Verdaderamente, ¡buena desgracia es la mía! Pero continúa respondiéndome. ¿Te parece que sucederá lo mismo con los caballos? ¿Pueden todos los hombres hacerlos mejores y que sólo uno tenga el secreto de echarlos a perder? ¿O es todo lo contrario lo que sucede? ¿Es uno solo o hay un cierto número de picadores que puedan hacerlos mejores? Y el resto de los hombres ¿si se sirven de ellos, no los echan a perder? ¿No sucede esto mismo con todos los animales? Sí, sin duda; ya convengáis en ello Anito y tú o no convengáis. Porque sería una gran fortuna, y gran ventaja para la juventud, que sólo hubiése un hombre capaz de corromperla y que todos los demás pusiesen en buen camino. Pero tú has probado suficientemente, Melito, que la educación de la juventud no es cosa que te haya quitado el sueño y tus discursos acreditan, claramente, que jamás te has ocupado en lo mismo que motiva tu acusación contra mí.

Por otra parte, te suplico ¡por Zeus! Melito, me respondas a esto, ¿Cuál es mejor, habitar con hombres de bien o habitar con pícaros? Respóndeme, amigo mío; porque mi pregunta no puede ofrecer dificultad. ¿No es cierto que los pícaros causan siempre mal a los que los tratan y que los hombres de bien producen a los mismos un efecto contrario?.

Melito.- Sin duda.

Sócrates.- ¿Hay alguno que prefiera recibir daño de aquellos con quienes trata de recibir utilidad? Respóndeme, porque la ley manda que me respondas. ¿Hay alguno que quiera más recibir mal que bien?

Melito.- No; no hay nadie.

Sócrates.- Pero veamos; cuando me acusas de corromper a la juventud y de hacerla más mala, ¿sostienes que lo hago con conocimiento o sin quererlo?

Melito.- Con conocimiento.

Sócrates.- Tú eres joven y yo anciano. ¿Es posible que tu sabiduría supere tanto a la mía que, sabiendo tú que el roce con los malos causa mal y el roce con los buenos causa bien, me supongas tan ignorante que no sepa que si convierto a los que me rodean, me expongo a recibir mal y que, a pesar de esto, insista y persista, queriéndolo y sabiéndolo? En este punto, Melito, yo no te creo ni pienso que haya en el mundo quien pueda creerte. Una de dos: o yo no corrompo a los jóvenes, o, si los corrompo, lo hago sin saberlo y a pesar mío, y de cualquiera manera que sea eres un calumniador. Si corrompo a la juventud a pesar mío la ley no permite citar a nadie ante el tribunal por faltas involuntarias, sino que lo que quiere es que se llame aparte a los que las cometen, que se les reprenda y que se les instruya; porque es bien seguro que, estando instruido, cesaría de hacer lo que hago a pesar mío. Pero tú, con intención lejos de verme e instruirme, me arrastras ante este tribunal, donde la ley quiere que se cite a los que merecen castigos, pero no a los que sólo tienen necesidad de prevenciones. Así, atenienses, he aquí una prueba evidente, como os decía antes, de que Melito jamás ha tenido cuidado de estas cosas, jamás ha pensado en ellas.;

Sin embargo, responde aún y dinos cómo corrompo a los jóvenes. ¿Es, según tu denuncia, enseñándoles a no reconocer los dioses que reconoce la patria y enseñándoles, además a rendir culto, bajo el nombre de demonios, a otras divinidades? ¿No es cierto lo que dices?